LOS AMANTES DE TERUEL.

ESCENA TRAGICO-LIRICA.

POR DON LUCIANO FRANCISCO COMELLA.

PERSONAS.	ACTORES.
Doña Isabel......................	Señora María del Rosario.
Doña Elena......................	Señora Francisca Laborda.
Don Diego.........................	Señor Joseph Huerta.

La Escena es un salon de la casa de Doña Isabel en Teruel.

Salon ricamente adornado que sirve de entrada á otros salones de la casa; por cuyas puertas se veran arañas encendidas y otros adornos ricos; todo destinado á la boda de Doña Isabel y Don Juan: Al correrse la cortina sale un numeroso sequito de Damas y Caballeros que figuran ser los convidados á la boda: Salen á recibirlos Doña Isabel, Doña Elena y Don Juan, quien les manifiesta la Novia, y todos dan muestras de cumplimentarla: Doña Isabel suspira de rato en rato, y Doña Elena la tira de la ropa para que disimule. Finalmente, Don Juan conduce á los convidados adentro; Doña Isabel se queda atras; Doña Elena la dá á entender que porque no vá, y cogiéndola de la mano la lleva al primer termino del Teatro: va hablar y no puede, y se dexa caer con el mayor abatimiento sobre un asiento. Todo esto habrá sido expresado por la música.

Elen. Qué tienes que decirme? habla prima.
La voz te falta? pierdes el aliento?
Dime la causa de tus graves males.
Qué me quieres decir con los acentos
que profiere el dolor, y el dolor trunca?
tú parados los ojos, qué es aquesto?
te veo moribunda, hierta, fria,
y perdido del rostro el color bello;
te acuerdas de Don Diego?

Isab. Calla, calla,
no aumentes con nombrarle mi despecho,
mi rábia, mi furor.

Dos compases de música muy fuertes: anda un breve instante despechada, y coje de la mano á Doña Elena, y dice con languidez: la música acompañará con un andante triste.

Ya me he casado;
de un padre y de un amor ya he satisfecho
los bárbaros designios; ya la fuerza,
la venganza y los zelos consiguieron
hacerme ser perjura, ser ingrata,
ser traidora, é infiel; pero no es tiempo
este de recordar de un hombre ingrato,
y de un padre tirano juramentos
y amenazas; tan solo es tiempo, prima,
de mirar por mi honor, y mi sosiego;
de sofocar ideas y pasiones

que ultrajen los respetos de himeneo,
que falten al decoro : con cuidado
exâmina si alguno puede vernos,
si puedo sin ser vista de mi esposo
arrancar de mi alma un cruel secreto:
no te detengas, anda.
Elen. Ya te sirvo.

Tres compases de andante triste ; interin los quales Doña Elena anda registrando por el foro, y Doña Isabel saca unos papeles y un retrato del pecho.

Reliquias amorosas de mi dueño,
de mi perdido bien ; pero un ingrato
no merece aunque muerto estos recuerdos;
su falsedad, las leyes del decoro
me mandan desprender de estos funestos
moviles del dolor que me acongoja.
Elen. Segura estás.
Isab. Pues toma arroja al fuego
lo que el fuego dictó ; extinge al punto
papeles y retrato de Don Diego.
No los vea jamás.
Elen. Tú te enagenas,
tú vuelves á temblar?
Isab. Dame al momento
otra vez las reliquias de mi amante.
No me las des, Elena.
Elen. No te entiendo.
Isab. Ni yo tampoco á mi, duro contraste!
Aparta de mi vista esos recuerdos.

Despues de una pausa.

Ya sabes que ante Dios, y ante los hombres
juró ser mi marido ; y que en el templo
legitimado hubiera nuestro enlace
el sacro rito, á no ser que sus medios
retradaron hacerlo, y que mi padre
no quiso se efectuára el casamiento
hasta que á la fortuna mereciese
algun honroso puesto, y para ello
le concedió de termino tres años ; (po
pero en estos murió y en mucho tiem-
se olvidó de mi amor y mi promesa
faltando á su palabra y juramento.
Mas facilmente imaginado hubiera
que se uniese el Leon con el Cordero;
que borrascas el Zéfiro abortara,
que contra su corriente fuese el Ebro;
que produxese rosas olorosas
el lugubre Cipres ; que los Luceros
por Occidente el giro principiaran;
que anduviese segura por los Pueblos
engañosos la simple Pastorcilla,
que mudára su amor mi ingrato dueño,
que diese aquel cruel á otra la mano.
Á qué vienen las quejas contra un muerto?
Á qué viene el penar, á qué las ánsias,
á qué el dolor ? bien hecho está lo hecho.
Su ingratitud, su olvido me ha adquirido
el honor de himeneo, su desprecio.
Estos discursos, Prima, me parece
que la perdída paz vuelven al pecho,
y al amor de mi esposo me conducen
á pesar del amor sin sentimiento.
Ya me es grato su enlace ya le amo:
ya compensar deseo sus afectos,
ya deseo mirarme entre sus brazos,
Ya la paz recobré::-

Un golpe de orquesta muy estrepitoso.

Pero que veo!
Qué horror! qué confusion!
Elen. Qué te intimida ?
Isab. Donde descansan del cadáver hierto
las pálidas cenizas de mi esposo,
se levanta una sombra, cuyo aspecto
cuya figura en todo es parecida
á la suya: ácia mí con pasos lentos
y en tono amenazante se dirige; mí-

mírala, mírala.
Elen. Dexa del miedo
mentidas ilusiones.
Isab. No me engaño,
aquí está, no la ves? mira su aspecto
todo desencajado::- Ay que me acusan
de fementida sus dolientes ecos,
de perjura, de infiel::- con razon culpas
de mi loca pasion los viles zelos;
pero por qué en castigo no me llevas
al triste domicilio de los muertos?
Llévame al negro reyno del espanto
y en sus obscuros pavorosos centros
sepultame; las furias infernales
que habitan su mansion convoca fiero:
el tósigo, la rabia que alimentan
en sus toscas entrañas, dispon luego
que empleen contra mí, que me envenenen,
que me emponzoñen para que el despecho,
la rabia, el odio acabe con la vida
de un corazon infiel, falso y perverso.

Despues de haberse entregado al mayor despecho, cae desfallecida en brazos de Doña Elena, quien la compadece, vuelve en sí, y en tono lánguido prosigue: La música en un corto alegro, y en un piano armonioso de clarinetes y fagotes, expresará todos estos afectos.

Con Don Juan dime, Elena, por tu vida
estoy casada ya? se hizo en el templo
la sacra ceremonia?
Elen. Tú deliras.
Isab. Tienes razon, Elena, lo confieso,
que si no fuera asi, cómo era dable
que me explicára asi? Quise á Don Diego,
fue la luz de mis ojos; su inconstancia
ha sentido mi amor, y aunque los cielos
me vengaron en parte con su muerte,
no por eso mi amor se ha satisfecho,
me ha guardado muy mal la fé jurada:
tú sabes que uno á otro juramento
nos hicimos, de unir con casto nudo.
Cumplió lo que ofreció?
Elen. Pues por lo mesmo
tú no debes sentir el nuevo enlace:
él faltó que no tú.
Isab. Siempre tuvieron
por contagio los hombres la inconstancia.
Con que la antorcha ha ardido de himeneo
en mis bodas?
Elen. No hay duda.
Isab. Pues Elena,
faltaria á mi honor y á los respetos
del sacrosanto enlace, si al instante
no extinguiese del pecho todo afecto,
toda pasion ó llama que tuviese
otro objeto distinto que mi dueño.
Elen. Gracias á Dios que veo en tu semblante
indicios, aunque leves, de consuelo;
para qué por un hombre tan perjuro
quieres eternamente al sentimiento
dar tributos amargos? considera
las ventajas que adquieres con el nuevo
enlace; los disgustos que has tenido
con tu padre, los llantos, los encierros,
las amenazas::- viendo tu entereza
víctima te juzgué de su despecho
mas de una vez: en fin te resignastes,
y con ello cobrastes el sosiego.
Isab. Sí prima, le cobré.
Elen. Y con un suspiro
que el corazon exâla, los acentos
interrumpes?
Isab. Qué quieres, matrimonio
que hizo el poder, la fuerza ú el dinero,
rara vez precursor fue de la dicha
de los dos contrayentes.
Elen. Aunque es cierto

que en el tuyo han mediado esos motivos,
para qué es la razon? para vencernos.

Isab. Ya lo procuro, Elena.

Elen. Pero vuelves
la pena á fomentar con los recuerdos
que trae á la memoria tu delirio.

Isab. Pero si yo no puedo de mi pecho
arrancar el dolor, qué quieres que haga?

Elen. Con el placer, el mal halla remedio.

Isab. No procuro::-

Dent. voz. Isabel?

Isab. Quién me ha llamado?

Elen. Tu esposo.

Isab. Pues á Dios: si mi sosiego
tu amistad apetece, los papeles
y el retrato fatal entrega al fuego. *va.*

Interin Doña Elena registra los papeles, y el retrato, toca la orquesta un periodo análogo á la situacion.

Elen. Los papeles testigos de mi agravio
sufrirán de las llamas el incendio;
pero no este retrato, que aunque ingrato,
á mi amor se mostró siempre su dueño,
le quise con extremo, y en el alma
aun exîsten reliquias de mi afecto,
no obstante que murió. Si ahora viviese
á mi amor, fuera el suyo mas propenso,
viendo á Isabel casada. Ay bien mio!
que aunque mi amor pagabas con desprecios,
siempre fuistes mi amor, siempre te quise.
Y asi el dia fatal que el rigor fiero
de la muerte cortó á tu vida el hilo,
sintió mi corazon tu fin funesto:
de un horror se vistió, de un negro luto::-
no habia de vestir luto mi pecho
quando el Orbe sintió tu desventura?
y asi al mirar sin luz de dia al cielo,
las aves mudas, sin flores el campo,
el Pastor sin baylar, el rio sesgo,
amarillo el laurel, suspenso el ayre,
y á mis voces sin dar respuesta el eco,
dixe absorta, ó el Orbe está parado,
para acabarse, ó Don Diego ha muerto.
Mas de este sentimiento, de este luto
fue digna su virtud, y pues no puedo
á su memoria dar otros tributos
que el del dolor, el llanto y el lamento,
para que este tributo no se acabe
su imagen custodiar quiero en mi pecho.

Se queda á un lado, vuelta la espalda á la derecha, y con los extremos propios del dolor guarda el retrato. Sale Don Diego de camino muy regocijado, y al ver las luces del festejo se sorprehende, y dice:

Dieg. Estas luces::-

Corre despavorido á mirar en el relox de sobre mesa qué hora es, y al verlo dice:

las diez.

Se recuesta encima de la mesa: despues de recobrado busca á quien preguntar, y encontrando con Doña Elena, la da en el brazo, vuelve esta de pronto, y se confunde, y despues de dudar si es Don Diego el que ha visto, se pone á temblar, y se queda inmovil: todo esto debe ser expresado con la música, á excepcion de que pára de pronto las dos veces que habla Don Diego.

Todo me indica,
que tarde llegué ya: por Dios te rue-

ruego
que dexes el temor.
Elen. Si del sentido
será esta ilusion? No, que es Don Diego.
El es, él es.
Dieg. Qué dudas? y tu prima
Isabel dónde está?
Elen. Luego no has muerto?
Dieg. Muerto yo?
Elen. Luego falsa la noticia
ha sido?
Dieg. Quién lo duda. Mas qué es esto?
adornado el salon, aquellas luces::-
ese tropel de gente que anda adentro::-
qué se celebra aquí?
Elen. Tu desventura.
Dieg. Se casó ya Isabel? Dí?
Elen. Sí, Don Diego.

Se queda inmovil cayendosele lo que tiene en la mano, expresando su sentimiento un corto andante con sordinas.

Dieg. Y con quién?
Elen. Con Don Juan.
Dieg. No, no es posible,
no puede ser Elena, no lo creo:
Isabel ser de otro? se ha olvidado
que un casto nudo unir debe su afecto
con mi afecto? que yo debo ser suyo?
primero creeré que de luceros
se han poblado los montes, que las fuentes
en vez de cristal puro manan fuego;
que producen la nieve los volcanes;
que la reproduccion del universo
naturaleza olvide; en fin, que todo,
todo se mude, menos el afecto
de Isabel, menos de su pecho amante
la fineza, el amor; y asi al momento
voy á darla noticia de mi arribo,
voy á echarme á sus pies rendido y tierno.
Elen. Es hacerla infeliz con su marido,
y si la quieres bien, yo te aconsejo
que huyas de este lugar.
Dieg. Pero es posible
que haya su corazon subscripto á un hecho
tan vergonzoso y torpe? si ha faltado
en Isabel la fe, los juramentos,
las ofertas diré que son quimeras,
de los hombres, diré que son pretextos.
Elen. Reportate Don Diego, y por lo mismo
que te debe Isabel tan buen concepto
por su concepto mira.
Dieg. Pero cómo
cupo en su corazon tan baxo intento?
Elen. No es culpada Isabel en tu desgracia;
aqui corrió que tú te habias muerto,
que otro amor ocupaba tu terneza;
fuera de esto, tu olvido en los correos::-
Dieg. De lo mismo tambien puedo quexarme:
qué trato tan iniquo! no me dieron
de término tres años por si acaso
mejoraba de suerte? quándo el tiempo
pactado se cumplió? dos horas hace.
Elen. Y si antes de este tiempo su himeneo
no se ha verificado, á quién lo debes?
á la misma Isabel; pues al momento
que corrió la noticia de tu muerte
volvió á insistir Don Juan en sus intentos,
y su padre del oro alucinado
se mostró protector de sus deseos,
y en vencer de Isabel la resistencia,
ni autoridad dexó, ni alhago tierno
que no emplease: en fin, las amenazas,
los castigos, los ruegos de su pecho
arrancaron el sí, y dos horas hace
su enlace confirmaron en el templo.
Dieg. La palabra la mano que me ha dado
su padre, el acceder tambien á ello::

Con que ya nó hay remedio?

Elen. No le hallo:
La muerte solo puede disolverlo.

Dieg. Una vez que la fuerza y el engaño,
en lugar del amor y mutuo afecto,
ha formado su enlace, presididos
no verán sus amores del contento,
ni del casto himeneo propagados
en su lecho verán el dulce efecto.
La discordia voraz, la muerte horrible,
el pálido rencor, el odio fiero,
sembrarán sin cesar en vuestras almas
disturvios, disensiones, rabia y zelos.
No encenderán las cándidas antorchas
los Génios tutelares de himeneo
ante las aras, no: solo las furias,
las sacrílegas teas con despecho
encenderán: ni sembrarán las gracias
tampoco al rededor de vuestro lecho
aromáticas yervas, ni olorosas (ño,
flores: serpientes sembrarán con cervíroras venenosas que os acaben,
que os destrozen y os llenen de tormentos,
á fin de que acabeis como yo acabo,
á fin de que murais como yo muero.

Alegro fuerte en que Don Diego anda despechado, pero siempre contenido de Doña Elena.

Elen. El dolor te enagena de tí mismo:
un casto nudo ha unido sus afectos:
garante del amor de los esposos
quando la aprueba el rito se hace el Cielo,
y pues Doña Isabel la frente humilla
al sagrado deber, haz tú lo mesmo:
sofoca tu pasion, su amor olvida,
ó los arbitrios busca para ello:
Doña Isabél, atenta al nuevo estado,
me entregó poco hace estos recuerdos,
estas cartas que ves, y este retrato.

Dieg. Para que te las dió?

Elen. Para que el fuego
extinga de una vez tu cruel memoria.

Dieg. El dia que quedaron los conciertos
del enlace ajustado por mi parte
con ella aseguraron mis afectos
pero vengan acá, que por mi mano
quiero entregar al ayre sus conceptos:
ahora dame el retrato.

Elen. No es posible:
para memoria tuya le conservo.

Dieg. Para memoria mia?

Elen. Que te amo:

Música dulce que sigue hasta que se va Doña Elena.

que consagro á tu fé todo mi afecto,
es inutil decirlo, quando sabes
que igual á mi pasion, fue tu desprecio:
y pues no puede ser tuya mi prima::-

Dieg. Entiendo Doña Elena tus intentos:
á donde está Isabel?

Elen. Que es lo que tratas?

Dieg. Matarla á zelos, pues de zelos muero.

Elen. No entres, que su marido::-

Dieg. Ve á llamarla.

Elen. Puedo esperar::- *vase.*

Dieg. Yo se lo que hacer debo.
Qué torpe proceder! qué indigno trato!
edad de la inocencia! felíz tiempo!
que el fraude y el engaño se ignoraba;
que el amor en los pechos era eterno;
que ningun interes movia al hombre;
que el metal no tenia ningun precio:
al mirar la perfidia, al ver el fraude
que reyna en nuestra edad, con el recuerdo

si-

sigo la sencillez de aquellos siglos.
Pero tendrá la ingrata atrevimiento
de presentarse á mí sin confundirse?
tendrá valor, que quando un falso pecho
comete alguna accion que le degrada,
á la reconvencion opone ciego
una jactancia loca, un vano orgullo,
con que al exceso añade nuevo exceso.
Pero alguien viene aquí: si es la alevosa,
será de mi furor blanco funesto.

Isab. Quien me busca? *en la puerta.*

Dieg. Ella viene.

dando dos pasos fuera.

Isab. Quien me busca?

Dieg. Pronto su rostro desarmó mi ceño;
inmóvil::: sin accion:::-

andando un poco.

Isab. Enmudecisteis?
A quien buscais señor? ay, que es Don Diego!

Música lúgubre que exprese la situacion de los dos amantes: Doña Isabél se habrá sentado como fuera de sí; Don Diego se va recobrando poco á poco; corre agitado á ella, va á tomarle una mano y ella la retira, y sin cesar la música dice.

Isab. Tengo marido ya.

A esto Don Diego da dos pasos atrás y la dice con el mayor despecho.

Diego, Yo tengo esposa.

Pára de repente la música, se levanta ella despechada y le dice.

Isab. A la vida volviste con intento
de darme muerte? Si mi muerte aplaca
las iras de tu amor, pasame el pecho,
hiere mi corazon; mas tan agudo
como mi pena el filo de tu acero,
no será para herirme? cómo vienes?
Si D. Juan te vé acaso yo me pierdo.
Ya me casé... mi padre.... las noticias
que en Teruél de tu muerte se esparcieron:-
mi despecho.. la fuerza.. la amenaza:-
Pero á quién satisfago? Aleve, fiero,
luego de tu mudanza, las noticias
quando tienes esposa ciertas fueron:
luego no me engañaron? luego fuiste
el que faltó primero al juramento?
juraste ser mi esposo lo has cumplido?
bien sabes que mi padre dió su asenso.
Hice en casarme, lo que hacer debia,
atendiendo á que tú me diste exemplo.

Dieg. Yo no vengo á pedir satisfacciones.

Isab. Yo lo creo muy bien.

Dieg. Tan solo vengo
á darte el parabien del nuevo enlace,
y despues á decirte como pienso
tomar estado.

Isab. Qué no le tomastes?

Dieg. No haberlo executado solo siento.

Isab. Con quién te casas pues?

Dieg. Con Doña Elena.

Isab. O quán tarde conozco que de acuerdo
caminabais los dos! Para evadirte
de ser mio tomastes un pretesto
tan indigno; tomastes el arvitrio
de exâltar mi furor con el despecho
de los zelos; aleve, de antemano
teniais concertado el casamiento.

Dieg. Dexa vanas disculpas.

Isab. Tu me matas.

Dieg. Vé á gozar del amor del nuevo dueño.

Isab. Ay Don Diego! Don Diego!

Dieg. Qué me quieres?

Isab. Que sepas que á Don Juan adoro y quiero
que es mi marido ya, mas vete, vete
que mi honor y tu vida corren riesgo.
Dieg. A buen tiempo precaves los peligros;
Pero á Dios, que si dexo del afecto
arrebatarme, puede que mi enojo : :-
Isab. Modera tu furor, templa tus zelos.
Dieg. Estoy ciego, y no es dable...
Isab. Por Dios mira....
Dieg. Nada ya que mirar, ingrata, tengo.
Isab. Mira que mi marido : : -
Dieg. Nada miro.
Isab. Advierte que el decoro : : -
Dieg. Nada advierto;
y pues fuistes : : -
en la puerta.
Elen. Señor, en estos casos
mas logra la prudencia que el esfuerzo.
Yo me encargo de hablarle.
Isab. Qué resuelves?
Dieg. Morir.
Sale Elen. Señor Don Diego,
las quejas y el dolor, quando los males
no tienen en lo humano ya remedio,
solo sirven de dar fuerza á los males;
mi prima se casó, tu tienes dueño,
Su marido ha escuchado vuestras quejas;
quien te idolatra à tí muere de zelos:
en esta inteligencia es necesario
que á la razon se venza el sentimiento.
El amor, y el honor son delicados,
y en vengarse crueles siempre fueron.

Don Diego mira á Doña Isabél con el mayor sentimiento, y haciendo un gran extremo de dolor se vá precipitado. Dos compases de música despechada, en que Doña Isabél quiere seguirle, y Doña Elena la detiene.

Isab. Sin hablarme se fué; dexame, fiera.
Con que tú competias mis afectos?
el que debia ser mi amante esposo
querias usurparme: su desprecio,
su nuevo amor, su muerte, fueron trazas
de que tú te valistes: lo comprendo:
con qué ardid, con qué cautela
supistes conducir tus fingimientos?
Elen. El dolor te enagena de tí misma,
y por eso perdono tus denuestos.
Es verdad que á D. Diego yo he querido,
pero no te podrá decir D. Diego
que yo cómplice he sido : : -
Isab. No me mates,
no me mates, Elena, vete luego,
huye de mí, no sea que mi rábia
cebe en tu vida su voráz efecto.
Elen. Pero prima : : -
Isab. No quieras Doña Elena
provocar el furor que arde en mi pecho.
Elen. A lástima me mueven sus quebrantos. *vase.*
Isab. Ea, pues, Isabél ya llegó el tiempo
de morir ó vivir. Pero alguien viene;
D. Diego vuelve, ay Dios! á qué mal tiempo!
Qué traes? No me inquietes.
Sale Dieg. Toma y lee,
estos son de tu esposo los excesos.
De un amigo, al bajar por la escalera
acaban de entregarme aqueste pliego.
Isab. „Envidioso D. Juan de tus amores
„fingió tu muerte y dixo que á otro „dueño
„dedicabas tu amor, interceptando
„vuestra correspondencia en el correo.
Un engaño frustró nuestros amores,
un engaño robó nuestros afectos.
Dieg. Isabel? Isabel? yo te he perdido
para siempre...
Isab. Don Diego?
Dieg. Yo fallezco.
Isab. Don Diego? mi bien? ay que ha espirado!

y yo espiro tambien, sagradosCielos!

Don Diego se desmaya, y Doña Isabel se queda estática con el papel en la mano: Sale Don Juan, y se lo quiere quitar, y viendo la resistencia que hace ella, se pone á escribir en el bufete; ella mira á Don Diego, y cae desfallecida; Don Juan acaba de escribir el papel, se lo dá, y se vá; habiéndolo expresado la música.

Isab. Un papel me ha dexado; mas ya vuelve
Don Diego::- qué he mirado! qué es aquesto!
lee de este papel el contenido.
Dieg. De quién es?
Isab. De mi Esposo.
Dieg. Azar funesto!
Isab. Lee.
Dieg. ,,Prevente pues mi honor ofendes
,,á morir á los filos de mi azero.
Isab. Te confunde el papel? Que me respondes?
Dieg. Que es razon::- (el dolor me ahoga el pecho)
que cumplas::- con la fé::- de tu marido::-
que olvides de mi amor::- hablar no puedo::-
Isab. Qué tienes? qué te dá? tú acongojado?
Dieg. Isabel::- Isabel::-
Isab. Todo cubierto
de un sudor frio... Esposo..
Dieg. Esposa mia!...
recibe, ay dulce bien! mi ultimo aliento...

Se queda Doña Isabel contemplando un breve instante á Don Diego, y la música sigue expresando siempre la languidéz de Doña Isabél hasta que muere.

Isab. El dolor de mirar mi honor manchado
le ha quitado la vida. No contemplo
cómo pudo mi esposo alucinarse
para quitarme honor y vida á un tiempo.
Yo he faltado á su fe, y á mi decoro?
Me ha visto cariñosa con D. Diego?
Si su engaño ha sentido, no es estraño,
ese infeliz debia ser mi dueño:
si mi marido cumple esta amenaza,
qué han de decir de mí? que dirá el pueblo?
Yo que por mi candor, y mi modestia
merecí ser la gloria de mi sexô,
he de morir á manos de un esposo,
víctima del honor, y de los zelos?
á tanto mal el alma se resiente,
se pasma el corazon, se turva el pecho:
las congojas me ahogan, poco á poco
me abandona el sentido y el aliento:
víctima del amor muero de pena
fantasmas ilusiones solo veo:
un noble corazon no necesita
para morir, morir con el azero,
que el honor tambien mata. Donde me hallo?
Dónde estoy! Ay de mí; pero qué es esto?
Quién de matarme acaba? Cielos santos,
ya de una vez cesaron mis tormentos.
muere.

Corre Doña Elena, se sorprende al ver el expectáculo, registra los papeles, y vá á llamar á Don Juan le saca y le hace ver aquella trágica Escena.

Ele-

Elen. Valgame Dios! qué miro! de un arrojo
ya habeis visto Don Juan el triste efecto.
Con astucias lograsteis á Isabela,
y ni vos la lograsteis, ni Don Diego,
su muerte habeis causado, su desgracia;
llorad eternamente, si es que el cielo
quereis desenojar; y á los amantes
sirva esta infausta Escena de escarmiento.

Se hallará en la Librería de Cerro, calle de Cedaceros; y en su puesto, calle de Alcalá; se venden todas las Comedias nuevas y Tragedias, Comedias antiguas, Autos, Saynetes, Entremeses y Tonadillas. Por docenas á precios equitativos.